

Alejandro Venegas y las posibilidades de un pensamiento nacional

Carlos A. Ossandón

I. Introducción

En el estudio que hemos hecho de Alejandro Venegas no nos ha guiado tan sólo una motivación historiográfica. Junto con el interés que puede tener –en el marco de los distintos hitos del pensamiento chileno que se están presentando en este Seminario¹– el hecho de destacar la figura intelectual de un personaje que nos parece relevante, y que merece ser más conocido y mejor justipreciado por la historiografía nacional, está también, de parte nuestra, el interés por examinar el significado y el aporte que el autor escogido ofrece –si nos fijamos en sus objetivos, en su metodología y en algunos de sus contenidos más sobresalientes– en la configuración de un pensamiento que surgido desde nuestra propia historia nos sirva para apoyarnos y proyectarnos críticamente en él. En otras palabras, quisiéramos preguntarnos acerca de la importancia que la obra de Venegas tiene en el nacimiento y desarrollo de un *pensamiento nacional*, capaz de interpretar *a* y de responder *por* nuestra circunstancia². De aquí que lo que haremos a continuación no apuntará solamente a enseñar lo que dijo o pensó Venegas, ya que más allá de un afán meramente reproductor,³ nos preocupan aquellas cuestiones de su pensamiento que, aunque no siempre explicitadas por él, puedan ser rescatadas, negadas o funcionalizadas en el sentido que ahora nos interesa.

Al hacer este trabajo, hemos partido de dos supuestos y una sospecha. El primer supuesto se refiere a la necesidad misma de desarrollar una expresión intelectual propia que, sin que esto signifique la adopción de un autoctonismo a *outrance*, retrógrado y paralizante, y sin que ello se contraponga a su vez a un universalismo bien entendido, nos permite sí –en la develación de nuestras

raíces, tradiciones y obstáculos culturales más importantes— un estar-hacer-proyectar más conforme con lo que efectivamente somos. El segundo supuesto es que la expresión que nos importa instar no adviene de la nada, como tampoco puede ser el producto de un raciocinio puramente deductivo, sino que es preciso para acceder a ella buscar sus pistas en lo que ha sido y es nuestra historia, especialmente en el quehacer histórico-cultural del pueblo de Chile, para desde aquí —afirmando o negando— descubramos el *verbo* o el *télos* donde poder conscientemente “montarnos”. Una inmersión de este tipo— no siendo el único camino que es dable imaginar— crea, a nuestro entender, las mejores condiciones de posibilidad, la base más sólida, para la configuración de nuestro ser intelectual. La sospecha mencionada se refiere a la particular significación que, en esta perspectiva, hemos creído ver en Venegas. Con esto estamos valorizando el papel que un pensamiento no proveniente del mundo estrictamente popular, aunque sí profundamente antioligárquico, puede jugar en lo que hemos querido destacar brevemente en esta Introducción.

II. Venegas y su circunstancia histórica

Antes de entrar, con la nueva mirada que se ha señalado, en el análisis del pensamiento de Venegas, se hace un deber siquiera mencionar algunos aspectos de su biografía y las circunstancias históricas más importantes que le tocó vivir. Es ésta una exigencia metodológica que nos parece fundamental cuando se quiere examinar y proyectar la eventual validez de un pensamiento; exigencia que debe estar presente en cada paso que se dé y no tan sólo como un marco que se indica al comienzo y después se olvida. En este caso, sin embargo, vistos los objetivos particulares que nos hemos trazado. —que han consumido buena parte de nuestros esfuerzos— y la falta de un espacio mayor, no podremos dar por ahora sino un rápido vistazo inicial.

Alejandro Venegas nace en Melipilla en 1871 y muere en Santiago, en marzo de 1922. Una vez egresado del Instituto Nacional, forma parte del primer curso del Instituto Pedagógico que había abierto sus puertas en 1889; conoce aquí a

Enrique Molina, con quien entabla una larga y fructífera amistad. En abril de 1893 obtiene su título de Profesor de Francés. En mayo de 1905, el mismo Molina, que acababa de ser nombrado rector del Liceo de Talca le ofrece la vice-rectoría y las clases de castellano. Es en esta ciudad donde Venegas, bajo el seudónimo de Dr. Valdés Cange, escribe su obra más importante: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*⁴.

Veamos someramente algunos de los acontecimientos y rasgos más destacados de su tiempo histórico:

En 1879 nuestro país se embarca en la llamada Guerra del Pacífico. Las consecuencias de este hecho serán de gran importancia. “Desde el punto de vista económico –basamos nuestra exposición en la interpretación que hace Hernán Ramírez Necochea del período–, la guerra posee una significación extraordinaria. La incorporación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, significó la posesión de enormes fuerzas productivas en estado actual y potencial. Entre ellas se destaca el salitre. La adquisición de tan vasto emporio de riquezas, gravitó en todos los planos de la economía nacional”⁵. El desarrollo que se experimenta por esos años no es el resultado de una expansión armónica de nuestra economía, sino que éste se debe tan sólo a la incorporación de la industria salitrera. “Esto, naturalmente, consolida y hace más intensa nuestra calidad de país monoproducción; Chile enfrenta una seria deformación en su desenvolvimiento: una industria hipertrofiada supera a todas las demás en importancia”⁶. A esto hay que agregar el dominio que el capital inglés, a través del salitre, hará sentir sobre el conjunto de la economía chilena. De ambas anomalías hubo, sin embargo, una cierta conciencia en determinados sectores del país. Balmaceda –según Ramírez– se enfrentó con decisión a estos problemas, promoviendo una serie de proyectos tendientes a dinamizar y diversificar los recursos del Estado, multiplicando las fuerzas productivas, y, a la vez, impulsando un desarrollo con características de independencia, de no sujeción al capital foráneo. Todo este impulso –que no tan sólo se expresa en el terreno económico– se verá bruscamente frenado por la conflagración de 1891. Las fuerzas triunfantes en esta contienda interrumpen el desarrollo del capitalismo nacional, tan acelerado en la década de 1880, y consolidan nuestra dependencia al imperialismo inglés.

En el terreno de la organización política, se instaura el régimen parlamentario que va desde la mencionada guerra civil hasta 1925, consagrando la función del cuerpo legislativo sobre el ejecutivo. “Con ello las fuerzas económicas y sociales dirigentes aseguraron el predominio de un Poder público al cual tenían más fácil acceso, al que podían controlar con mayor efectividad y desde el que su representación más genuina estaba en condiciones de actuar en equipo y en forma perfectamente organizada”⁷.

En este cuadro, crece y se desarrolla la clase trabajadora chilena. Surgirán importantes concentraciones proletarias en las regiones del salitre y del carbón que, poco a poco, irán aprendiendo a decir su palabra para denunciar y defenderse de la explotación, en un primer momento, para –sin olvidar esto último– proponer modelos alternativos a los vigentes, en un segundo momento. La irrupción consciente del pueblo en la historia de nuestro país y el surgimiento de lo que se dio en llamar la “cuestión social” son algunas de las características más marcantes del período que reseñamos. Es en este contexto económico, político y social donde es preciso situar y comprender la obra de Venegas. Es al interior de los principales problemas que presenta el momento descrito donde habrá que medir su mayor o menor lucidez intelectual.

III. La actitud fundamental

Sinceridad. Chile íntimo en 1910 es, decíamos, la obra principal y más conocida de Venegas. Detengámonos un poco en el propio título de esta obra, ya que éste nos facilita el acceso a la característica que hemos creído ver como central de su pensamiento.

“Sinceridad” titula Venegas, es decir, en este caso, veracidad o, visto desde otro ángulo, expresión libre de fingimiento. Sinceridad y veracidad forman aquí, según la intención de Venegas, una sinonimia. A estos dos vocablos se les opone, como es de esperarse, la simulación y la mentira. El análisis de Venegas, al cumplirse 100 años de vida independiente y cuando nuestro país se aprestaba

a celebrar este acontecimiento con toda pomposidad, quiere cumplir con la exigencia indicada en el título, turbando para ello los cantos de regocijo con –dice– “mi voz lúgubre, como la de un ave siniestra que grazna sobre las ruinas...”. “Hubiera querido –continúa– apartar mi vista horrorizada de ese cuadro pavoroso, reconcentrarme en mí mismo, y, como hacen muchos, sentarme a la ribera a contemplar los estragos de la inundación. Pero esto hubiera sido egoísta, cobarde... Y aunque es muy triste tener que romper los cristales que hacen ver todo de color de rosa, aunque es muy doloroso tener, como Blanca de Castelo, que desgarrar la nivea vestidura para mostrar el pecho carcomido por el cáncer, me he resuelto a estampar la verdad desnuda en este libro, en que bajo la forma de cartas dirigidas al que dentro de poco será el primer magistrado de la República (Ramón Barros Luco), estudio las causas, el desarrollo y las consecuencias de la ruina económica y moral de nuestro país”⁸.

Retengamos los epítetos que utiliza Venegas para caracterizar la situación del país: ruinas, cuadro pavoroso, estragos de la inundación, pecho carcomido por el cáncer, ruina económica y moral. Demás está decir que es ésta una visión que nada tiene que ver con el falso optimismo, ni tampoco con la condescendencia cómplice. Frente a la prosperidad que se proclama, y que Venegas desmiente; frente a esa complacencia y “petulancia rayana en la imbecilidad” de que nuestro país hizo gala en la celebración del Centenario, su visión quiere ser completamente otra, realista, desmitificadora y sobre todo veraz. La intención de “estampar la verdad desnuda” constituye, pues, la característica más relevante de su obra, explícitamente manifiesta ya en el título al que hacíamos referencia. Para llevar a cabo este esfuerzo nuestro autor se propone “romper” y “desgarrar”, para sólo así develar el cáncer que nos corroe. El afán apasionado de verdad y el deseo de ir más allá de la apariencia le podrá permitir llegar a ese “Chile íntimo en 1910”. Ésta es la segunda parte del título de su obra, perfectamente complementaria con la parte primera, recién destacada. ‘Íntimo’ quiere decir, en este caso, lo más interior y esencial, por oposición a lo superficial, a la mera apariencia engañosa y al accidente. En otras partes –termina señalando Venegas– “el mal se ve, el enemigo está de frente, y aquí (en Chile) el veneno sutil se ha infiltrado por las venas, y en plena salud aparente, corroe los órganos más delicados de la vida!”⁹.

IV. Las proyecciones que se derivan de la actitud fundamental

El sentido *radical* que tiene el discurso de Venegas, ya entrevisto en el título de su obra principal (referido tanto al objetivo que persigue: la verdad; a la manera de acceder a ella: rompiendo y desgarrando; como también al lugar donde ésta se encuentra: en lo íntimo), constituye, sin lugar a dudas, la nota más definitoria de este discurso tomado *in se*, de además interesantes proyecciones prácticas y metodológicas que ahora nos toca exponer. Es en esta actitud que hemos calificado de radical donde hay que encuadrar las dos temáticas que se han escogido: la cuestión moral y el problema del método, en buena medida enlazadas.

1 . La cuestión moral

Con respecto a esto, son dos las facetas –caras de una misma moneda– que nos han parecido manifiestas en el análisis que efectúa Venegas. La primera, está referida a la denuncia que, en su terreno, se lleva a cabo; la segunda, se vincula con los elementos paradigmáticos, subyacentes a la práctica denunciativa.

1.1. En relación con la primera faceta de esta cuestión, Venegas utiliza y distingue los siguientes dos vocablos, que se expresan a la vez como criterio y contenido. Se trata, en primer lugar, del concepto de *inmoralidad*, entendido como aquello que atenta contra la moral o se opone a ella. “Al decir *inmoral* –especifica Venegas– tomo esta palabra en su sentido más amplio, *que no es moral*”¹⁰. El segundo concepto es el de *amoralidad*, entendido como aquello que no tiene o está desprovisto de sentido moral. Es lo que –según Venegas– “algunos filósofos han querido designar con la palabra *amoralidad*, esto es, la ausencia de los sentimientos morales”¹¹. Estos dos sencillos vocablos-criterios, que afloran como plasmaciones concretas del Chile de la época y no como meros frutos de una construcción, son los que estructuran lo medular de su balance moral. Nuestro país, desde las últimas décadas del siglo XIX, viene padeciendo una grave y profunda decadencia y desquiciamiento moral. Esta

crisis generalizada, nunca a tal nivel experimentada, ha calado hondo en nuestra alma nacional. Se trata, señala Venegas, “de un mal que de la superficie callosa e insensible de la epidermis ha pasado a la sangre y amenaza los órganos vitales del cuerpo social. No se trata ya de meros síntomas, sino de una dolencia honda y completamente desarrollada”¹². Esta “ola de fango que nos inunda” y que nos arrastra a todos, salvo poquísimas excepciones que existen en todas las clases sociales y que son “como joyas perdidas y olvidadas en un basurero”, se manifiesta, esta ola, en la inmoralidad más abyecta, en la multiplicación más increíble de todo tipo de vicios, como también, en el oscurecimiento y la pérdida más extrema del sentimiento moral. Y esto es aún más grave, si va acompañado del acostumbramiento, debido a nuestra connaturalización con el mal que nos afecta. “Nos pasa lo mismo –indica Venegas– que a los que se ocupan en los mataderos, a quienes por fuerza de la costumbre no les repugna el mal olor, ni les dan asco las inmundicias, ni les horrorizan la sangre derramada y las convulsiones de la muerte”¹³. Ni siquiera vemos nuestra in- y a-moralidad, ya que estamos completamente habituados a ella. La causa más importante de la crisis moral, caracterizada por “un utilitarismo grosero que hace consistir el objeto de la vida, en el éxito, y la principal palanca para alcanzar éste, en el dinero”¹⁴, por la codicia y la rapiña, por el favoritismo que reina en la administración pública, por el afán de lucro de la enseñanza, por el engaño y la mala fe de la prensa, por el despojo que se ha hecho al pueblo mapuche, por el abandono con que se tiene al pueblo, por el imperio de mezquinos intereses personales, etc., la causa –decíamos– de esta situación es de raíz económica. “En las ‘Cartas a don Pedro Montt’ (...) –recuerda Venegas– dejé demostrado que la crisis moral que hoy nos sacude tuvo su origen en un hecho económico, el papel moneda inconvertible, establecido en 1878 por las penurias del erario nacional y mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-boliviana. El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate; y como éste dominaba en el Gobierno, particularmente en el Congreso, cuando las necesidades cesaron y el fisco pudo retirar sus billetes, el régimen de papel-moneda subsistió con doloso perjuicio para el resto del país”¹⁵. Este hecho económico, claramente destacado y analizado en detalle por Venegas, benefició –como se decía– principalmente a

los agricultores que con este régimen “se hallaron en la situación más favorable que es dado imaginar: sus granos, vendidos en Inglaterra, eran pagados en oro, y ellos saldaban aquí sus cuentas en moneda averiada”¹⁶. La mantención del curso forzoso de papel-moneda produjo, según Venegas, una serie de trastornos e impedimentos graves en nuestra economía, como también en los demás órdenes sociales. Es este hecho, pues, la fuente de todas nuestras calamidades y el marco que explica la podredumbre moral interna.

1.2. Decíamos que, subyacente a la denuncia moral y orientándola, es posible encontrar una manera positiva de concebir la moral, una utopía. La tarea emprendida por Venegas no se reduce tan sólo a ser mera negatividad de lo negativo, puro rechazo a la situación vigente, sino que ella implica también una afirmación, un modo auténticamente moral de ser.

Comencemos por citar su obra *La Procesión de Corpus*¹⁷, que contiene ya —como bien ha sabido detectar Julio César Jobet— toda su profunda ética¹⁸. En este relato se asiste al encuentro —una vez que el templo ha quedado solitario y la muchedumbre se ha lanzado a las calles— entre el protagonista y un humilde individuo, cuyo aspecto es el de un artesano pobre y que resulta ser el propio Jesús. Por boca de él, Venegas hace una crítica muy severa a la sociedad, a la Iglesia y a la forma cómo se vive el cristianismo, tan alejado de su sentido originario. Expone asimismo “su fe —aprovechamos el resumen que hace Jobet— en una sociedad nueva, justa, humana y digna, en la que hayan desaparecido la ignorancia, el fanatismo, las rivalidades y los odios que dividen a las naciones y las razas, a las familias y clases sociales. Dicha sociedad debe estar basada en el amor y el altruismo, en la que el trabajo no sea una maldición, en que no haya ni siervos, ni señores, ni magnates que viven en la ociosidad y en la opulencia, y desgraciados hambrientos que trabajan como bestias de carga; en la que la mujer esté libre de prejuicios y desarrolle todas sus facultades; en la que el sentimiento patriótico haya sido reemplazado por el sentimiento humanitario¹⁹; en la que no haya ni fronteras, ni guerras”²⁰.

Junto con estos rasgos generales de su concepción moral, se pueden citar también algunos más específicos. Veamos tan sólo tres de ellos:

Uno de los conceptos que aparece con mayor insistencia es el de “regeneración”, entendido éste en el sentido de establecer o restablecer la forma moral adecuada. Frente al desquiciamiento moral descrito, es de absoluta necesidad para Venegas el volver a levantar el sentido moral perdido o adormecido, como también la práctica de virtudes tales como el desinterés, el auténtico servicio público, el amor a la verdad y al saber, la defensa del oprimido, el patriotismo sano, no belicoso, etc. Y dado que nuestro pueblo es muy ignorante y los males que nos afligen han tenido su origen en las alturas, “por allí mismo –enseña Venegas– debe comenzar nuestra regeneración, si no queremos que las cosas lleguen a un extremo tal que, a fuerza de padecimientos injustos e irritantes, el pueblo abra los ojos y se revuelva enloquecido contra sus duros expoliadores”²¹. La amenaza histórica que representa el mundo popular y la conciencia del cataclismo que se aproxima si no se corrigen a tiempo los males, constituyen algunos de los acicates más importantes que considera Venegas para hacer ver la urgencia de la regeneración que, como vimos, “debe venir de las alturas”²². No deja de ser significativo, en este sentido, el hecho que sus dos más importantes obras estén dirigidas en forma de cartas al presidente en ese entonces en ejercicio Pedro Montt y al recientemente electo Ramón Barros Luco. Esta regeneración entendida, en forma más o menos semejante a la manera como ciertos socialistas utópicos europeos concebían algunos de los medios para alcanzar el Socialismo –la posibilidad de llegar a él a través de la conversión del jefe de Estado– muestra a su vez una de las limitantes más importantes que, a nuestro juicio, tiene la utopía del autor que estudiamos. Teniendo ésta una intencionalidad profundamente anti-oligárquica, ello no basta para situarla como emergente del propio mundo popular.

Otro de los rasgos específicos de su concepción moral –proyección inmediata de la actitud fundamental indicada– se refiere a la necesidad de examinar y de ver con toda sinceridad los elementos propios y más candentes

de nuestra realidad. Frente a una situación que no vemos y a la cual nos hemos habituado en sus vicios, Venegas plantea la tarea de abrir los ojos y de reconocer nuestro estado, aunque nos pese.

Solo la verdad es moral. Para ello es preciso eliminar la distancia que hay entre lo que creemos ser y lo que real y efectivamente somos. Se trata, en suma, de evitar el error que cometió –dice Venegas– “aquella vejezuela del epigrama de Quevedo, que rompió el espejo que le mostraba la verdadera imagen de su rostro feo y amojamado”²³. Especial importancia tiene, en esta dimensión, el conocimiento cabal de la realidad del pueblo, elemento por largo tiempo despreciado y olvidado por las clases dirigentes.²⁴ Es menester, para Venegas, volver los ojos hacia esta realidad, no -claro está- por un afán meramente cognoscitivo, sino con la intención de redimir al pueblo, “haciéndole partícipe de nuestra cultura, nuestras virtudes y nuestra felicidad”²⁵. La incorporación plena del pueblo a “la” cultura –no existe aquí el proyecto de una sociedad y cultura popular, en su sentido fuerte– es lo que permitirá, entre otras medidas, enmendar los rumbos errados que hasta ahora se han seguido.

La preocupación por ver la realidad tal cual es se integra a otra semejante existente en el mismo período en otros pensadores de nuestra América Latina. Nos estamos refiriendo a autores tales como el cubano José Martí y su obra *Nuestra América* de 1891, al uruguayo José Enrique Rodó y su *Ariel* de 1900, al mexicano José Vasconcelos y su *Raza Cósmica* de 1925, etc. Todos ellos, desde perspectivas diversas, propician –como lo ha mostrado Leopoldo Zea– “una vuelta a lo propio”²⁶, a la propia realidad de esta nuestra América. Esta inclinación es totalmente compartida por Venegas. Aún más, ella es en él el producto de una exigencia de tipo moral.²⁷

El tercer rasgo específico de su concepción moral dice relación con el lugar donde ella se juega. La moral, para Venegas, no se presenta en forma primeramente enunciativa o principista. Ella, por el contrario, se pone en movimiento una vez que se introduce en la trama social, sentando sus reales en el

campo de la economía, de la política, de la enseñanza, etc. Uno de los criterios de discernimiento más importantes que se repite es el de respeto al interés general. Es inmoral lo que viola este interés. Nuestras clases dirigentes son inmorales y antipatrióticas, concluye, porque han atentado precisamente contra el bienestar de la mayoría, cuidando tan sólo el suyo propio. La moral, para Venegas, será pues nacional o no será.

2. El problema del método

Como se ha podido desprender del desarrollo anterior, la cuestión moral expresándose fundamentalmente en contenidos y denuncias concretas, objetivas, tiene también –aunque en forma matizada, alejada de cualquier extremismo apriorístico– el carácter de óptica, de camino que permite el acceso a la realidad y a su estructuración crítica. Sin olvidar, pues, este carácter parcialmente metodológico de la visión moral, veamos ahora otros aspectos de este dominio, que no por estar menos tematizados que la cuestión precedente dejan de ser significativos en el pensamiento que auscultamos.

Una correcta comprensión del problema pasa por la inserción de éste dentro de lo que ha sido definido como la actitud fundamental de Venegas, a saber, su radicalidad. Esta característica central marca de pe a pa el conjunto de su análisis, como también –consecuentemente– la forma cómo éste se realiza.

Es precisamente la inclinación descrita, el deseo de no engañar o engañarse, lo que va a crear las condiciones intelectuales apropiadas para destacar, por sobre las opciones ideológicas personales, los hechos tal como ellos se dan en la sociedad. Más que a la exposición o defensa de un pensamiento, asistimos –en este caso– a un análisis que se explaya a partir de los problemas y situaciones objetivas mismas. No estructurándose éste en forma deductiva, ni desde posiciones ideológicas tomadas de antemano, deja que sean los propios hechos los que se manifiesten como tales. No es, pues, la *doxa* griega la que interesa desarrollar principalmente, sino más bien el *factum* latino. Evidentemente que

esto –como ya sabemos desde Kant– no es posible que se dé con absoluta desnudez, de aquí que el examen de Venegas incluya también, como ya se ha señalado, una óptica determinada, preñada seguramente de preconcepciones no manifiestas. Esta comprobación no cambia, sin embargo, el sentido esencial de su análisis, cual es, la valorización de lo que efectivamente se da, más allá de gustos, deseos o apologías ideológicas. Es ilustrativo mostrar la acción emprendida por Venegas para fundamentar sus estudios. “Inclinado por naturaleza al estudio de los problemas sociales –nos dice en su “Página Autobiográfica”–, traté de conocer en primer lugar los de mi patria y dediqué los días de vacaciones a estudiar la situación de sus pobladores; así conocí la vida de los inquilinos en nuestros campos, visité las minas de Lota, Coronel y Curanilahue, para observar la de los que extraen el carbón, penetré al interior de la Araucanía, para conocer la situación de nuestros indígenas, recorrí las provincias de Coquimbo y Atacama para formarme concepto de la de nuestros legendarios mineros, y, por último, en Tarapacá y Antofagasta comí en una misma mesa y dormí bajo un mismo techo con los trabajadores de las salitreras, para poder escribir con conciencia sobre sus necesidades y miserias.

“Frutos de estos estudios –concluye– fueron los libros en que hice el recuento de los infortunios de la patria y propuse sus remedios”²⁸. Los libros que menciona son, pues, el resultado de observaciones hechas por él mismo durante muchos años, del contacto directo con la realidad del país, especialmente con la realidad de su pueblo. Se trataba, en definitiva, de ir a los hechos mismos, de estar “donde las papas queman”, para sólo así –fruto de un contacto personal con éstos– destacarlos en toda su veracidad y crudeza. Este respeto por los hechos y la información, influenciado quizás por el ambiente positivista de la época (sus *Cartas* están dedicadas a Juan Enrique Lagarrigue) y la inclinación anti-doctrinaria que apreciamos en nuestro autor, constituyen una de las características más sobresalientes que se ha indicado como propia del llamado grupo “nacionalista” de comienzos de siglo, al cual Venegas pertenecería²⁹. En contraste –hace notar Hernán Godoy– con los ensayistas chilenos del XIX –un Bilbao, un Lastarria– en quienes “predominó la exposición doctrinaria de ideas políticas y filosóficas con

escasa referencia a la realidad inmediata”, los ensayistas sociales de comienzo de siglo –se refiere a Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet Le-Brun, Francisco A. Encina, el mismo Venegas y otros– “parten del análisis de la sociedad chilena, con escaso aparato doctrinario y teórico, pero mayor consideración de los datos de la realidad.”³⁰

V. Algunas reflexiones desde Venegas

Como decíamos al comenzar, el interés principal que mueve a este trabajo es el de iniciar, a la luz de la obra de Venegas, una reflexión acerca de las posibilidades de desarrollo y concreción que puede tener un pensamiento caracterizado de nacional. Es pensando en esta cuestión que hemos jerarquizado y estructurado la labor analítica de Venegas, teniendo sí el cuidado de no torcer, sino de respetar sus intuiciones más profundas.

Teniendo ya a la vista la exposición precedente, adentrémonos ahora en aquello que nos interesa más particularmente:

1. El primer aspecto que se ha destacado, auténtica clave para entender lo más esencial del pensamiento de Venegas, es la radicalidad de su discurso, intencionalidad ésta que marca de punta a cabo toda su obra. Principal característica de esto es su acendrado amor a la verdad. Ésta no se alcanza, sin embargo, de cualquier manera. Es preciso –y es ésta una nota epistemológica de relevancia– apartar el velo de fantasías y sofismas que la ocultan; es preciso –en otras palabras– practicar una labor de descubrimiento de aquello que está normalmente cubierto para ojos no entrenados. Y esto es así porque la verdad no se encuentra en la apariencia, en la superficie –caldo de cultivo de los engaños de los poderosos–, sino en lo íntimo, en el núcleo interno de la sociedad.

Pensamos que este espíritu, tan importante en la obra del autor que nos ocupa, no puede estar ausente en la elaboración de una expresión intelectual que debe asentarse precisamente no en una “verdad” tendenciosa, intencionalmente

acomodada por las clases dominantes, sino en una otra que refleje o desentrañe más fielmente nuestro ser colectivo. Aún más, pensamos que esta característica, este afán de radicalidad, tiene que estar llamado a constituirse –al igual que en Venegas– en el elemento central y orientador de la expresión que buscamos. La autenticidad de la misma y su proyección en el tiempo descansan en este elemento central y, por ende, en la capacidad de aprehender correctamente, sin engaños ni autoengaños, la verdad de nuestro ser, el núcleo íntimo que nos caracteriza. El pensamiento que propugnamos tendrá realidad tan sólo si logra enraizarse, a través de un trabajo largo y paciente, en nuestro *ethos* histórico-cultural, que es nuestra verdad más profunda, todavía no suficientemente develada. Para llegar a ello habrá que, como hace Venegas, romper y desgarrar; en suma, azucar la crítica y también, agregamos, la autocrítica. Se impone, en este sentido –por citar sólo algunos ejemplos– una revisión rigurosa de la imagen que acerca de nuestra alma colectiva ha ofrecido la historiografía tradicional, de las ideas y creencias (en el sentido orteguiano de estos términos) que nos han servido para auto-afirmarnos, de los “valores” que se han destacado y de los “contravalores” que se han menospreciado u ocultado. Se impone, asimismo, y como complemento de la revisión crítica, la necesidad de estudiarnos más a nosotros mismos, de conocer mejor nuestra producción intelectual y sensitiva, analizando la manera precisa cómo ésta se engarza con la ideología imperial, examinando la mayor o menor fuerza que en ella tienen nuestras raíces culturales más originarias, el carácter mestizo de algunas de estas manifestaciones, las posibilidades históricas inherentes a este carácter, etc. Particular importancia reviste el estudio del universo cultural popular, en su amplio abanico de posibilidades expresivas. Ello, tanto en lo referido a sus manifestaciones doctrinarias, programáticas o políticas como a sus vivencias afectivas éticas, míticas o religiosas.

De todo esto y mucho más debe darse cuenta. Evidentemente que para acometer con esta empresa no basta –como pudiera pensar Venegas– con lucir y practicar una honestidad o sinceridad a toda prueba. La verdad, desgraciadamente, no es siempre patrimonio de los hombres de buena voluntad. Será menester, pues, practicar también –en primer lugar y en forma permanente– una labor

de acecho a nosotros mismos, de estricta marcación al hombre que somos, tratando así de detectar nuestras propias formas de representación ideológica, nuestros íntimos intereses y deseos. Junto con esta suerte de epojé personal, que no implica, sin embargo, una negación de lo que somos y queremos, habrá que intentar explicitar y tematizar la perspectiva que se ha escogido como la más adecuada para la aprehensión del núcleo en cuestión. Esta perspectiva –reflejo en buena medida del proyecto histórico por el cual optamos– deberá afinarse y corregirse constantemente en estrecha recurrencia con el sentido real que transparenta dicho núcleo.

2. Veamos enseguida las proyecciones que resultan de la metodología puesta en ejecución por Venegas:

Hemos ya señalado, en síntesis, cómo la mencionada radicalidad de su discurso, el espíritu anti-sistema que lo agita, se vincula con un acceso más directo, menos mediatizado por doctrinas, a la facticidad. Se ha creído interesante destacar este punto porque pensamos que más allá de la justeza o no de algunas de sus afirmaciones, más allá de las cuestiones importantes que se le quedaron en el tintero –falta en él una mejor comprensión del papel que jugaba en Chile el capital inglés, por ejemplo–, más allá incluso de las parcialidades inherentes a su posición de clase, este –por así decir– *desamparo ideológico* que se constata en Venegas, además de facilitar el acceso indicado, trae consigo –traza que nos parece de la mayor trascendencia– el reconocimiento y la revalorización ontológica de nuestra realidad. Esto de presentarse como estando a la intemperie, desprovisto de la tentación ideológica, desamparado (relativamente, por cierto), supone, a juicio nuestro, la dicha revalorización. Aunque Venegas no fue consciente de esto, es quizás este descubrimiento el sentido más profundo que tiene lo íntimo tan afanosamente buscado por él.

Esta vuelta a la realidad que apreciamos en Venegas, por dura o fea que ella sea, y la revalorización de la misma que esta tentativa conlleva, son precisamente uno de los requisitos indispensables para la constitución de un

pensamiento nacional, afincado en su facticidad (en cierto modo irreductible a otras facticidades) y autónomo de la ideología imperial. Es desde esta base –y sin que ello implique de manera alguna aislamiento o negación de la solidaridad internacional– que es posible, además, como señala Arturo Andrés Roig, “desenmascarar el saber importado, denunciar el espíritu imitativo y arrojar por la borda todo lo inauténtico”³¹. La necesaria inmersión y a la vez resurgimiento que postulamos, el conocimiento del devenir histórico-cultural nacional y especialmente del devenir cultural popular, la patentización de los esfuerzos – muchas veces dramáticos– que en nuestro medio se han dado por romper con la dependencia y, fundamentalmente la irrupción concreta, histórica, de todo esto nuestro, es, a nuestro entender, uno de los caminos más adecuados para superar la alienación ideológica, desde la cual nos alimentamos. Un pensamiento nacional –no colonizado– debe fundarse en este contacto, para desde aquí romper y desgarrar, como diría Venegas. En particular, repetimos, esta inmersión-resurgimiento tendrá que poner de relieve especial la praxis histórico-cultural de *Calibán*, símbolo por oposición a *Ariel* del pueblo americano según enseña Roberto Fernández Retamar³². Tarea ingente ya que exigirá la utilización de criterios distintos y a veces opuestos a los comúnmente empleados en este dominio. Para acceder a este mundo tendremos que potenciar una cualidad quizás recóndita en nosotros, tendremos que ser –si se me permite la expresión– *nictálopes*, es decir, desarrollar esa capacidad que permite ver mejor de noche que de día. Sólo así se dará cabida, ya no a lo “visible” (en el sentido de Eduardo Mallea)³³ o a la razón de la “civilización” (en el sentido que le da Domingo Faustino Sarmiento)³⁴, sino a lo “invisible” (en el mismo sentido de Mallea), a la noche en lugar del día oficial, a lo aparentemente mudo u oculto, al pueblo que tiene luz y que clama por expresarla. Se tratará, en definitiva, de sumergirse en la realidad popular, en ese universo profundo, aunque no vacío ni completamente asimilado al poder, que pugna por manifestar y desarrollar su propio verbo. Es desde esta palabra creadora, leviatánica para las concepciones del *statu quo*, que debe irse gestando –sin que ello signifique practicar innecesarias exclusiones– el pensamiento nacional que propugnamos. Éste no será ya una mera proyección de intereses o deseos particulares, sino más bien el resultado –siempre cambiante– de lo que

en nuestra realidad y no en otra se ha ido larvando. Inmersos en esta corriente –que no supone la exclusión de un proyecto político, como en Venegas no supuso tampoco la ausencia de un programa detallado de reformas sociales– los filósofos deberán renunciar al monopolio de la palabra. Esto no será nada fácil de aceptar, especialmente por aquellos que creían tener ya apropiado y congelado el sentido del ser. A éstos, una vez más, la historia les mostrará su astucia.

3. Pasemos, por fin, a la cuestión moral:

Como se ha podido apreciar, es ésta una temática que claramente sobresale en el friso analítico de nuestro autor.

De aquí que se haya señalado, en cierta ocasión, la raigambre española, especialmente senequista de su obra. En la perspectiva que ahora nos interesa desarrollar, la cuestión moral ocupa un lugar no menos central que en Venegas. Y esto tanto en el aspecto de negación como de afirmación que esta cuestión ofrece. Se recordará que Venegas no practica tan sólo una labor de denuncia moral, sino también –y en forma subyacente a esta labor– es permitido encontrar en él una utopía. El carácter destructivo-constructivo de la moral aparece, a nuestro entender, plenamente incorporado al desarrollo de un pensamiento que exige para constituirse el tener claridad acerca de los elementos que lo distorsionan o engañan, como también acerca de aquellos que auténticamente lo afirman y proyectan. El pensamiento nacional que impulsamos debe estar, pues, debidamente pertrechado del bagaje moral, denunciativo y utópico, correspondiente a su dominio específico. El criterio de discernimiento moral adecuado a este dominio no habrá que buscarlo –como no fue tampoco el caso de Venegas– en principios abstractos, anteriores a todo contacto con la realidad, sino más bien en estrecha y directa relación con esta misma. Es esta inserción concreta, practicada permanentemente, la que nos permitirá –desde ella– ver, negar o relanzar. Será moral, entonces, aquello que posibilite –sin provincianismos pero, tampoco sin complejos– la emersión, el núcleo fundante que nos caracteriza como pueblo; será inmoral, por el contrario, aquello que niegue este núcleo, nos aleje o aliene en formas extrañas e imperiales. No se trata, pues, de

—como decíamos— formularse principios, para después —en un acto segundo— examinar si éstos se cumplen o no en los hechos, ya que el criterio orientador de la práctica moral se encuentra ya operante en la particular teleología del *ethos* colectivo. Es desde esta dinámica que se confunde especialmente con la experiencia y la sabiduría popular acumulada en largos años de lucha, que debe surgir críticamente el pensamiento —preñado de contenido profundamente moral y humanista— nacional que buscamos. Y esto porque, como señala Julio De Zan, “el *ethos* tradicional que recibimos de los antepasados y del cual somos portadores vivientes, no es un depósito muerto, una pieza de museo, sino que es algo vivo y dinámico; no es solamente *memoria del pasado*, sino también *fantasía del futuro*”³⁵.

Los tres rasgos específicos que aparecían en la propuesta moral de Venegas pueden —si son reformulados en el sentido que nos interesa— ayudarnos en la tarea que estamos impulsando. La urgencia de ver la realidad sin fingimientos ni simulación, especialmente la que le toca vivir y sufrir al pueblo; la urgencia también de reestablecer la forma moral adecuada, en la dirección que apuntábamos recientemente, a saber, como recomposición del *ethos*; así como la inclinación a respetar los intereses y la vocación ontológica de la mayoría, son algunas de las cuestiones que una vez asumidas como tendencias naturales por nuestro pensamiento nacional pueden contribuir a revertir el proceso de negación o desidentificación cultural al cual hoy día, en nuestra patria y en buena parte del continente, estamos sistemática y programadamente sometidos. Ésta es la responsabilidad más delicada e imperiosa que este pensamiento tendrá que sobrellevar. En la faena, larga y trabajosa, de reconstrucción y reidentificación de nosotros mismos, el futuro no se presentará tan sólo como lo nuevo, será también reposición.

Notas

¹ “Panorama del Pensamiento en Chile”, en la *Cátedra de Pensamiento Latinoamericano* de la *Academia de Humanismo Cristiano*, Santiago de Chile, Segundo Semestre de 1980.

² La noción *pensamiento nacional* no debe entenderse en el sentido estático de cuerpo de ideas o doctrinas propias, sino en el sentido dinámico de manera o estilo específico de teorizar y comprender el mundo. Esta noción incluye los distintos esfuerzos que desde BILBAO y LASTARRIA han propiciado una Biblia o Corán Americano, en el primer caso, y la necesidad de una “literatura nacional”, en el segundo caso.

³ Este trabajo ya en buena parte se ha hecho por ENRIQUE MOLINA y JULIO CÉSAR JOBET.

⁴ Los datos de la biografía de Venegas están consignados especialmente en su “Página Autobiográfica”, en *Por propias y extrañas tierras* (La Cultura Chilena, Nascimento, Stgo. de Chile, 1922), y en la obra de ENRIQUE MOLINA: *Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange)*, *Estudios y Recuerdos*. (Editorial Nascimento, Stgo. de Chile, 1939).

⁵ RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN y BALTRA CORTÉS, ALBERTO: *Balmaceda. Pedro Aguirre Cerda* (Editorial Orbe, Santiago, 1960, Pág. 25).

⁶ *Ibid.*, Pág. 26.

⁷ RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN: *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Editorial Universitaria, Stgo. de Chile, 1972, Pág. 229).

⁸ VALDÉS CANGE, JULIO: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910* (Imprenta Universitaria, Segunda Edición 1910, p. XIII).

⁹ *Ibid.*, Pág. XVI.

¹⁰ *Ibid.*, Pág. 101.

¹¹ *Ibid.*, Pág. 146.

¹² VALDÉS CANGE, JULIO: *Cartas al Excelentísimo señor don Pedro Montt. Sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica* (Soc. Imprenta y Litografía “Universo”, Segunda Edición, Valparaíso, 1909, Pág. 24).

¹³ *Ibid.*, Pág. 19.

¹⁴ *Ibid.*, Pág. 24.

¹⁵ VALDÉS CANGE, JULIO: *Sinceridad*, Pág. 4.

¹⁶ VALDÉS CANGE, JULIO: Cortos..., Pág. 41.

¹⁷ VALDÉS CANGE, JULIO: *Por propias y extrañas tierras*, Pág. 49 a 74.

¹⁸ JOBET, JULIO CÉSAR: *"Alejandro Venegas Valdés (Julio Valdés Cange) precursor del movimiento democrático popular"*, en ATENEA (Año XXIII, Tomo LXXXV, N° 257/258. Concepción, Nov-Dic. de 1946, Pág. 462).

¹⁹ En *Sinceridad*, Venegas matiza esta cuestión, indicando que hay oposición entre patriotismo y humanitarismo sólo cuando el primer término se concibe como chauvinismo (Pág. 275)

²⁰ JOBET, JULIO CÉSAR: *Op. cit.*, Pág. 462.

²¹ VALDÉS CANGE, JULIO: *Sinceridad*. Pág. 252.

²² Sin embargo, y puesto que el mal es muy hondo, Venegas a ratos sólo confía en la juventud (Cfr. *Sinceridad*, Pág. 285).

²³ VALDÉS CANGE, JULIO: *Sinceridad*, Pág. 199.

²⁴ Estando lejos de su ánimo la idealización, Venegas no tiene empacho alguno en reconocer la ignorancia y la ceguera del pueblo cara a su situación. (Cfr. "A través de las altas y bajas tierras peruanas", en *Por propias y extrañas tierras*, p. 115).

²⁵ VALDÉS CANGE, JULIO: *Cartas...*, prólogo de Enrique Concha H. (El mismo Venegas), Pág. 13.

²⁶ ZEA, LEOPOLDO: *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo* (Sep Diana, México, 1979, p. 19).

²⁷ En Chile, esta vuelta a sí está íntimamente ligada al reconocimiento de la "cuestión social".

²⁸ VALDÉS CANGE, JULIO: "Pagina Autobiográfica", en *Por propias y extrañas tierras*, Págs. 45 y 46.

²⁹ Visto esto desde otro ángulo, se impone una revisión de la pertenencia de Venegas a dicho grupo. Al respecto dice Cristian Gazmurri en un estudio reciente: "Este dolor por Chile no siempre refleja una actitud nacionalista en el sentido que se entiende la palabra en el presente. Nacionalistas fueron Tancredo Pinochet, Palacios, Encina, Guillermo Subercaseaux. Pero Alejandro Venegas y Luis Emilio Recabarren fueron, dentro de este criterio, claramente antinacionalistas". *Testimonios de una crisis, Chile: 1900-1925* (Editorial Universitaria, Stgo. de Chile, 1980, Págs. 11 y 12).

³⁰ GODOY, HERNÁN: "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX", en *Dilemas. Revista de Ideas* (Editorial Universitaria, Stgo. de Chile, N° 9, Diciembre de 1973, Pág. 32). Ver también: VARGAS CARIOLA, JUAN EDUARDO: "Dos mentalidades políticas a comienzos del siglo XX: los partidos tradicionales y la tendencia nacionalista", en *Revista de Ciencias Sociales* (Universidad de Chile; Facultad de Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales; Valparaíso, Diciembre, 1975).

³¹ Citado por CERUTTI, HORACIO: "Propuesta para una filosofía política latinoamericana", en *Revista de Filosofía Latinoamericana* (Ediciones Castañeda, Argentina, N° 1, Enero-Junio 1975, Pág. 53).

³² FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América* (Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1973).

³³ Cfr. MALLEA, EDUARDO: *Historia de una pasión argentina* (Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1969, capítulos III y IV). También: *Conocimiento y expresión de la Argentina* (Sur, Buenos Aires - Madrid, 1935).

³⁴ SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO: *Facundo o Civilización y Barbarie* (Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1977).

³⁵ DE ZAN, JULIO: "Para una filosofía de la cultura y una filosofía política nacional", en *Cultura popular y filosofía de la liberación* (Fernando García Cambeiro, Buenos Aires, 1975, Pág. 115).